

ña en estado de transformación; amarillitos, ó charales, pecesillos de color amarillo; y *metlapiques*, peces más pequeños, aunque semejantes á los anteriores, y el *ahuautle*, pasta de huevecillos de moscos que venden los indios para los pájaros. Entre los segundos se enumeran los quelites, verdolagas, espinacas, quintoniles, romeritos y otras plantas, así como el *cuñlacoche* ú hongo del maíz, con el que se hacen quesadillas, y por último, *claclaoyos* ó sean quesadillas de maíz azul rellenas de frijol.—Te compa^{le}zo, lector querido, por el estropeo que ha de haber sufrido tu lengua, al pronunciar tales nombres.

Los pescados salados y los mariscos producían una sed insoportable, la que era preciso mitigar tomando por la tarde aguas frescas, nieve ó helados, por más que fuese perjudicial tal aditamento á los estómagos.

En las casas se preparaban las aguas de chía con zumo de limón, y las de piña, tamarindo, limón solo y por último horchata de pepitas de melón con su polvo de canela.

En las calles, los neveros que llevaban equilibrando en la cabeza el cubo de la nieve y en la mano una canasta con canutos envueltos en zacate, no cesaban de gritar:—*Al buen canuto nevado!*—*¡A tomar limón y leche, al nevero!* ó bien,—*¡A tomar limón y rosa, al nevero!*

Y en fin, los grandes establecimientos llamados en México Sociedades, como eran: la Bella Unión, Gran Sociedad, El Progreso y El Bazar, se hallaban henchidos de gente que acudía para apagar su sed tomando buenos sorbetes. Lo mismo puedo decir de las neverías, particularmente de las de mayor crédito como eran la de Santa Clara y la de San Bernardo, la cual estaba situada frente á la portería del convento que daba nombre á la calle y correspondía al extremo norte de la nueva calle de Ocampo.

Si de la relación de las vigili^{as} pasamos á la del ayuno, observarás, amigo lector, que la gente era, antes como hoy, consecuente con sus principios.

Proscribíase, en verdad, el desayuno, pero á las doce del día era el desquite. Una opípara comida, capaz de alimentar por ocho días á una legión de bohemios que son los que suelen tener hambre y sed de justicia, ampliamente

compensaba el sacrificio llevado á cabo, y como si tal comida fuese tan solo un aperitivo, hacíase en la noche la colación apurando una taza del aromático Tabasco ó Sconusco, con una media docena de succulentos bizcochos de á cinco, de aquellos que se fabricaban en la bizcochería de Ambriz, de la calle de Tacuba, ó en la no menos afamada de Puerto de la calle de San Juan.

Esas que te he pintado eran las comidas de vigilia con las que se creía cumplir el mandato de la Iglesia, y convendrás conmigo, amable lector, que el tal ayuno, de la manera que se practicaba, equivalía simplemente á hacer ostentación de un ropaje de Carnaval.

DIVERSIONES EN CUARESMA.

Siempre la sociedad aprovecha las oportunidades para poner de manifiesto sus inconsecuencias. En el tiempo santo, salvas honrosas excepciones, la vanidad disputa á la austeridad su imperio, el lujo no cede el campo á la compostura circunspecta que requiere el duelo de la Iglesia, y la diversión llama con tambora á las puertas de los teatros para los bailes de Carnaval, mientras las campanas de los templos convocan á los fieles para la oración. Cosa extraña, ó más bien dicho inconsecuencia magna, es aquella de clausurar los teatros para las representaciones líricas y dramáticas, y tenerlos abiertos para las escenas carnavalescas, que se suceden durante los domingos con los nombres de Piñata, la Vieja, la Moza y la Sardina; al mismo tiempo que las corridas de toros prosiguen librando sus sangrientos lances. Detesto la hipocresía, como altamente perjudicial á la Religión, y sólo quisiera que la sociedad fuese algo consecuente con los principios que profesa. Cuando se observaba algún rigor en las prácticas cuaresmales, la privación de las diversiones, durante los cuarenta días, avivaba más el deseo de gozar de ellas después de la Pascua.

Durante el tiempo que duraban clausurados los teatros, los autores ó formadores de Compañías dramáticas se ocupaban en la nueva organización de éstas y en reforzarlas con algunos actores y actrices desconocidos del público de la Capital, y los comediantes pro-

curaban aumentar su repertorio estudiando nuevas comedias y aderezar sus trajes. Procedíase en los coliseos á los debidos trabajos de reparación y aseo y á poner en buen estado de servicio las decoraciones.

El afán que se observaba en el público que acudía á la esquina del portal de Mercaderes, terminada la Semana Santa, para instruirse del elenco de las compañías y de las funciones anunciadas, era tan extraordinario como la concurrencia á las contadurías de los teatros para proveerse de localidades. Era un verdadero alboroto el que causaba la apertura de los teatros, y asunto inagotable de conversación la bondad de las compañías y el mérito de los artistas.

PASEO DE LA VIGA.

El primer Domingo de Cuaresma es llamado de la tentación en memoria de la que ejerció el demonio contra Jesús en el desierto, y también de los blandones porque en tal día los que se habían excedido en las escenas



EMBARCADERO DE LA VIGA.

del Carnaval, acudían á la iglesia con cirios encendidos para desagrararla. Desde este domingo hasta el Jueves de la Ascensión, el paseo de Bucareli cedía el campo al de la Viga. Si el primero ofrecía poco atractivo por la escasez de árboles, el segundo seducía por su amenidad; mas como en todo han de existir las compensaciones, el barrio que recorrían

los carruajes, cabalgaduras y gente de á pie para llegar al primero, era hermoso, mientras el arrabal que atravesaban para arribar al segundo llamaba la atención por lo feo y sucio; hallándose en el tránsito las plazuelas de San Lucas y San Pablo en las que el viento levantaba densas nubes de polvo, circunstancia que ha determinado, sin duda, el abandono de ese paseo que ofrecía algunos atractivos.

Hallábase la calzada del Paseo de la Viga compartida en tres, como la de Bucareli, por hileras de sauces que por su follaje y dimensiones no desdecían de su calidad de árboles, pero como en todo eran contrarios ambos lugares, en el primero existía abundancia de agua y ninguna fuente, y en el segundo varias fuentes sin agua. Por la parte occidental del expresado Paseo de la Viga extendíanse verdes campiñas interrumpidas por las arboledas de las calzadas de San Antonio Abad, Niño Perdido y la Piedad, y remataban al pie de las lomas de Tacubaya. En primer término y á orillas del mismo paseo se veían pequeñas granjas en que se apacentaba algún ganado, y perdidas en la espesura de los bosquecillos, casas de campo á las que acudía la gente para saborear el atole de leche y los buenos tamales cernidos que en ellas se expendían, á la vez que entre los árboles se observaba el constante vaivén de los columpios, las rápidas vueltas del volador y el pausado movimiento del sube y baja, juegos todos que no cesaban un momento de estar en acción.

El canal, limitado hacia la parte opuesta por varias quintas, con sus miradores atestados de curiosos, ofrecía escenas muy animadas. Las canoas, henchidas de gente, iban y venían deslizándose con lentitud en la tranquila corriente, en tanto que el embarcadero, invadido por la multitud, despedía sin cesar embarcaciones fletadas por los que aceptaban la invitación de los remeros que continuamente gritaban: *¡A Santa Anita, dos por medio real!*

Aglomerábanse en dichas canoas hombres, mujeres y niños, gozando todos del contento

general, diversamente manifestado según la clase y calidad de las personas. En las canoas fletadas por familias decentes, ocupaban éstas con cierto desahogo, sus asientos, bajo de un toldo curvo formado por petates y sostenido por arcos de madera; de vez en cuando las ráfagas del viento hacían oír el canto juvenil de alguna dama y los acordes de la guitarra que lo acompañaba, de tal suerte que si por acaso, lector amigo, te hubieses encontrado en otra embarcación cercana, habrías podido escuchar la letra de alguna de las canciones muy en boga entonces, tal como la siguiente:

Bella es la flor que en las auras
Con blando vaivén se mece:
Bello el iris que aparece
Después de la tempestad.
Bella en noche borrascosa
Una solitaria estrella;
Pero más que todo es bella
La risa de la beldad.

Esta canción, cuya letra es de nuestro Fernando Calderón, constituía el tipo de las demás, generalmente de ritmo melancólico.

El romanticismo había hecho su irrupción en México con las obras más en boga, entonces, de los novelistas y dramaturgos franceses y españoles, por lo que las canciones adolecían de ese sello de sentimentalismo que caracterizaba á dicha escuela que, al fin, vino á ceder el campo á la nada pulcra escuela realista.



GARITA DE LA VIGA.

Las niñas sensibles, para quienes la palabra suicidio les era totalmente desconocida, daban descanso á su espíritu y desahogo á sus aficciones y amores contrariados, entonando

esas canciones, lánguidas y tristes, en las que todo era, según la letra, quejas dirigidas al desdeñoso amante, lágrimas y heridas profundas abiertas en el pecho apasionado, é invocaciones, pero nada más que invocaciones.

Con muy diferente aspecto se presentaban las canoas ocupadas por gente del pueblo. Unos iban sentados en los bordes de la canoa, entre los que se contaban los músicos, que tañían una arpa, un bandolón y una guitarra, y otros en los planos inclinados de las que impropia-mente pudiéramos llamar proa y popa, pues de una y otra carecen las primitivas embarcaciones aztecas.

El centro de la canoa quedaba libre, sin el obstáculo del toldo, para los bailarines, que, por el gusto que se daban, no hubieran cambiado su suerte por la del Preste Juan, que debe haber sido el rey más feliz de los mortales. El grupo de bailarines formaba un extraño conjunto de individuos de diversos trajes y condiciones.

La china de zagalejo y rebozo terciado, y el charro de calzonera de paño con botonadura de plata y sombrero canelo galoneado.

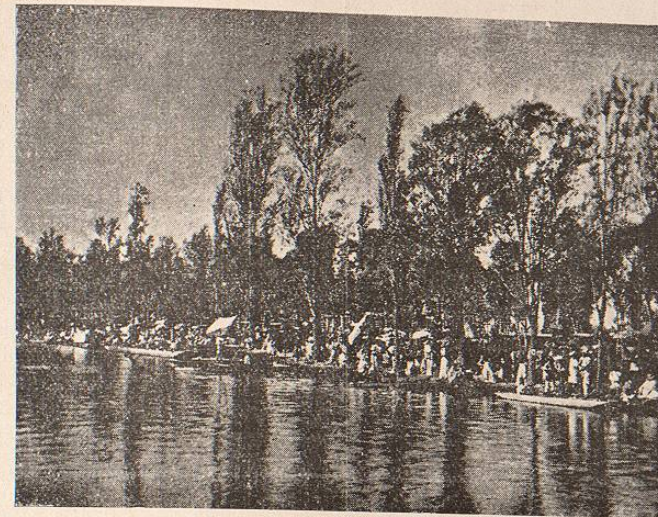
La nodriza, que dejó entregada su cría á los caritativos servicios del biberón, y el aguador, que concurría á la fiesta sin desprenderse de sus arreos y casquete de cuero.

El leperito de calzón blanco y frazada al hombro y la figonera, cuya ropa estaba impregnada de un olor de frituras excitantes.

El barbero, de pantalón largo y chaqueta corta, y la recamarera ó criada, empleada en el servicio doméstico, de trenzas sueltas, enaguas de percal muy aderezadas y pañuelo de seda prendido al cuello.

El niño petatero de Xochimilco, de calzón blanco arremangado y sombrero de palma, y la india juilera de Santa Anita, con una manta de lana azul rayada, enredada en la cintura, en vez de enaguas, *quichquemel*, que le cubría pecho y espaldas, dejando expedito el uso de los brazos, y paño en la cabeza, llamado *tochomite*, que le caía hacia atrás.

En fin, allí se veían mezclados los diversos tipos del pueblo, sin que faltase el inválido con su pata de palo, el brazo en cabestrillo ó un ojo cubierto con parche de seda verde, quien



EL CANAL DE LA VIGA.

á pesar de sus achaques y estado calamitoso, daba libre curso á su contento y también solía tomar participación en el fandango, pues tal es la fuerza de voluntad humana.

Además de los *jarabes* que se han descrito en el artículo relativo al aguador, ejecutábase por los axpresados tripulantes de la canoa los siguientes sonecitos:



Ahora acabo de llegar del Ahualulco,
De bailar este jarabe moreliano;
Todos dicen que se mueren por bailarlo
Las muchachas bailadoras de mi barrio.

Ahora acabo de llegar del Ahualulco,
De bailar este jarabe de Tampico;
Que se mueren, que se mueren por bailarlo
Las preciosas bailadoras de Jalisco.

Ahora acabo de llegar del Ahualulco,
De bailar este jarabe con más ganas;
Que me dicen que se mueren por bailarlo
Las simpáticas y bellas mexicanas.



Estaba la Tusa, estaba
Sentada en el canapé,
Y el pícaro del Tusito
Diciéndole no sé qué.
Tan, tan.....

Estaba la Tusa, estaba
Paradita en una esquina
Y el pícaro del Tusillo
Adentro de la cantina.
Tan, tan, que tocan.....



Mamacita lléveme usted al baño
Mamacita, lléveme usted allá,

Los calores á mí me consumen ¡Ay!
Mamacita, qué fuerte es mi mal.



Ay qué bonitos
Son los enanos
Cuando los bailan
Los mexicanos;
Sale la linda,
Sale la fea,
Sale la enana
Con su zalea.

Haste chiquito,
Haste grandote,
Ya te parecen
Al guajolote.
Sale la linda.....

Ya los enanos,
Ya se enojaron
Por que á la enana
La pellizcaron.
Sale la linda.....

En otras canoas no se bailaba, pero al ruido que producía el agua hendida por las canoas al impulso de los remos mezclábanse los acordes del harpa y de la guitarra ó los ecos de las frescas y lozanas voces de las que cantaban, muchachas románticas ó alegres, que imprimían á sus canciones el carácter que las distinguía. Revelábanse las primeras por sus acentos plañideros y quejumbrosos y las segundas por sus tonos vivos y francos propios de la florida juventud. El ritmo de las canciones románticas era siempre el mismo, triste y monótono, del que se ha dado muestra en el curso de esta historia, en tanto que el de las populares, siempre ha sido festivo y variado.

Dejemos á las jóvenes resentidas, abandonadas en las aras de sus platónicos amores y fijémonos en las joviales que rinden á la edad primaveral de la vida, el justo tributo.



De este atolito de leche
Y tamales de manteca,

Todo el mundo se aproveche,
Que por esto no se peca.



Te acuerdas cuando pusiste
Tus manos sobre las mías,
Y, llorando, me dijiste
Que jamás me olvidarías.
Adios, adios,
Adios Morenita, adios;
Adios, adios,
Llorando me voy por vos.
Te acuerdas cuando estuvimos
Sentados en la escalera,
Y, llorando, me dijiste
Ya veremos por quién queda.
Adios.....



La Petenera, señor,
Nadie la sabe bailar,
Solo los marineritos
Que navegan por el mar.
¡Ay! Soledad, Soledad,
Soledad de la cañada,
Contigo lo tengo todo,
Y sin tí, no tengo nada.

Trigueñita te hizo el cielo
Para mi condenación,
Delgadita de cintura,
Alegre de corazón.
¡Ay! Soledad, Soledad,
Soledad del Cardo Santo
Es verdad que eres trigüeña,
Pero si te quiero tanto.

Antes de anoche soñaba
Que en tus brazos me dormía,
Ojalá fuera verdad
Lo que el sueño me decía.
¡Ay! Soledad, Soledad,
Soledad del horizonte,
También se suele quemar,
Con su propia leña el monte.

Quien te puso Petenera
No te supo poner nombre

Por que te debía haber puesto
¡Ay! Soledad, Soledad,
La perdición de los hombres.
Porque te debía haber puesto
¡Ay! Soledad, Soledad,
La perdición de los hombres.

Ingrata, tirana y vil,
La sogá vas arrastrando,
No te descuides velando.
¡Ay! Soledad, Soledad,
Y te apague yo el candil
Con que te estás alumbrando;
¡Ay! Soledad, Soledad,
Con que te estás alumbrando.

Las canoas que regresaban de los pueblos de Santa Anita é Ixtacalco, ofrecían un nuevo aspecto por los adornos de las personas que venían en ellas. Las mujeres coronadas de lozanas y frescas amapolas, rojas y blancas, y los hombres con idénticas coronas puestas en los sombreros. Entre tantas embarcaciones que



REGRESO DE SANTA ANITA.

iban y venían, con lento movimiento, veíase cruzar la ligera chalupa, hendiendo velozmente las aguas á impulso del remo, con destreza manejado por una indita que casi desaparecía entre la inmensa cantidad de flores y verduras que en aquélla conducía.

Eran dichos pueblos de Santa Anita é Ixtacalco, los lugares elegidos en tales días por la gente del pueblo para su esparcimiento. En las chozas de ramas y zacate, y en las pequeñas huertas, se instalaban los paseantes para merendar, unos el tradicional atole de leche y los tamales, y otros, pato cocido y las tortillas

enchiladas, renovándose el fandango. Algunos continuaban su excursión en las canoas, por los canales de las *chinampas* ó camellones formados en medio del agua, en los que se proveían de frescas lechugas y de oloroso apio. Las *chinampas*, verdaderos jardines flotantes, ostentaban las simétricas plantaciones de su hortaliza y sus variadas flores, tales como las amapolas de encendido color, la azulada espuela de caballero, el disciplinado clavel, la retama de vivísimo color amarillo, los chícharos y alevies de variados colores y el dorado *zempoalxochitl*.

Las regatas improvisadas por los celosos remeros originaban entre éstos algunas riñas que asustaban á las damas y á los niños, sustos que tenían su compensación con la hilaridad que causaban la caída de un individuo al agua, los dichos agudos que de una á otra canoa se cruzaban, y el espanto que infundía en las mujeres la aparición repentina de una viborilla entre las ovas del canal.

He dado la preferencia, lector querido, á la descripción de los paseos, por agua, á Santa Anita, por serte ya conocidos los de las calzadas, puesto que en mi artículo relativo al Carnaval te dí cuenta de lo que pasaba en Bucareli, advirtiéndote, tan sólo, que el de la Viga poseía idéntico carácter. Mucha gente de á pie en las calzadas laterales, la interminable línea de carruajes de todas clases y condiciones, dando vueltas en la ancha calzada central, en medio de ésta, gente de á caballo luciendo hermosos corceles con sus ricas sillas plateadas, y de trecho en trecho apostados dragones que cuidaban del orden. Al confuso murmullo de la multitud, veníanse á mezclar los ecos de la lejana vocería de la plaza de toros de San Pablo, como en el desierto deben mezclarse al susurro del viento los gritos guerreros del salvaje.

VIERNES DE DOLORES.

Dos ó tres semanas antes del sexto Viernes de Cuaresma, que fué consagrado á la Virgen, como un tierno recuerdo de sus dolores, por resolución del Sínodo provincial celebrado en Colonia en 1413, hacíanse los preparativos para los famosos altares que en tal día se levantan